

NUESTRO MUNDO de Claudia Pueyo Calavia

Otra vez igual, ya se volvió a despertar con la misma pesadilla:

Él iba caminando por la calle cuando de repente, todo se volvió oscuro, unas manos tiraban de él dirigidas por unos cuerpos atormentados que a su vez estaban dirigidos todos por un mismo ser, un alma, un alma llena de miedo, ira y rabia. Las manos temblaban, los cuerpos gritaban y el alma reía.

Menos mal que el despertador sonó en ese momento y le logró separar de ese mundo de los sueños.

Él es Álex, un niño de doce años que cada día, va al instituto con miedo.

Hoy como siempre, se ha despertado y su madre no estaba en casa, ella trabajaba a jornada completa para que Álex y ella pudieran ganar dinero para comer.

Álex se preparó para un nuevo día de instituto, fue hacia su armario y vio su camiseta favorita, una de color rosa. Pero decide no ponérsela, bastante cree él que tiene con llevar el pelo largo, pintarse las uñas y tener pendientes... En su lugar, se pone una camiseta negra normal.

Mientras tanto, un niño llamado Jack está esperando a alguien que es muy diferente a él. Y como a Jack le asusta lo diferente, decidió eliminar esa diferencia. Está escondido detrás de unos arbustos junto a un grupo de monstruos como él. Esperando, acechando, como un depredador a su presa.

Álex cruza el parque asustado. Tiene que pasar cerca de unos arbustos para llegar al instituto, y lo hace, muerto de miedo, pero lo hace. Aunque, enseguida se arrepiente por que recibe un puñetazo en el estómago. Eso no era nada nuevo para él, ya que estaba acostumbrado a recibir cada día un sinfín de golpes, físicos y emocionales.

A él no le importaban demasiado los físicos, ya que esas cicatrices se van con el tiempo, lo difícil era olvidar lo que los demás le hacían creer que era.

Álex sufrió en silencio mientras un grupo de monstruos le daban patadas en el suelo, cuándo estos se cansaron, se fueron de allí, dejando tirando a un niño que solo quería ser feliz.

Se fueron hacia el centro comercial, un punto a favor de Álex, ya que esta vez, no irían al instituto.

Después de unos minutos, cuando Álex estuvo preparado, se levantó con gran dificultad, ayudándose de un viejo árbol. Miró a su alrededor, nada, ni una sola persona, solo cuerpos dirigidos por el alma del miedo, mirando atónitos, sin moverse, sin sentir.

Cuando Álex llegó al instituto, sus compañeros lo miraron raro, ya que iba con un ojo morado y heridas en las rodillas y en los codos. Pero ninguno preguntó si estaba bien.

Cuando entró en clase, todos se quedaron en silencio, siempre lo hacían, él, rápidamente, se sentó en su sitio sin decir una palabra.

Empieza la clase; empieza el infierno.

Esta vez, Álex contó: treinta y siete insultos escritos, once gritados, siete bolígrafos que le lanzaron, seis tijeras lanzadas y un millón de miradas de asco y desprecio.

Y así todas y cada una de las clases...

Hasta el recreo. Este era el peor.

En ese recreo no pudo contar nada, porque solo se dedicaron a tirarle piedras en la distancia, incontables piedras.

Y luego más clases...

Y por fin matemáticas, su asignatura favorita por dos razones: le encantaban los números, y también le encantaba una persona de esa clase.

Él es Izan, que aunque menudo y delgado, de gran fortaleza y buen corazón; al menos, eso era lo que Álex creía.

A Álex le daba vergüenza y miedo admitirlo pero, era gay, y todos lo sabían; por eso le tiraban piedras

En esa clase de mates, Álex llevaba su sufrimiento en silencio como siempre.

La clase iba normal, hasta que a la profesora le sonó el teléfono.

“Chicos, tengo que responder la llamada, por favor Álex, sal y resuelve la ecuación de la pizarra mientras estoy fuera” dijo la profesora.

El nudo en la garganta de Álex creció aún más, pero Álex no tuvo más remedio que hacerle caso. Se armó del poco valor que le quedaba y salió a la pizarra, un sitio dónde era vulnerable frente a todos.

La profesora salió de la clase y Álex empezó a calcular. De repente, sintió como una pequeña bolita de papel le golpeaba en la nuca, y él no tuvo el suficiente valor para darse la vuelta. Enseguida sintió otra, y luego otra, y otra más... hasta que por fin se giró.

En ese momento, un niño empezó a gritarle e insultarle y a los pocos segundos toda la clase se unió. Y otra vez, empezaron a tirarle cosas.

Álex no pudo retener las lágrimas al ver a Izan riéndose con los demás.

No pudo aguantar ver cómo le tiraba bolas de papel como los demás.

Y sobre todo no pudo creer lo ingenuo que había sido al creer que él no era como los demás.

Entre lágrimas y sollozos volvió a su sitio lentamente y cuando ya se había sentado entró su profesora.

Inmediatamente todos se callaron, y la profesora no le dio mucha importancia así que siguió con la clase.

Álex se secó las lágrimas avergonzado por lo que acababa de pasar, y en ese momento, solo quería irse de ese mundo que no tenía un lugar para él.

Cuándo las clases terminaron, Álex volvió corriendo a su casa con la esperanza de que su madre estuviera ahí, esperándole, con un plato calentito de comida, y sobre todo, que estuviera ahí para poder decirle que no pasaría nada, que él estaría bien y que la tenía a ella para todo lo que necesitase, y juntos, se darían un abrazo.

Álex abrió la puerta de su casa emocionado, esperando encontrar a su madre, pero en lugar de eso, se encontró la casa vacía y una nota en la nevera de su madre que decía: Volveré tarde a casa, sobre las doce de la noche. Te quiero.

Álex enfadado, arrancó la nota y la tiró a la basura.

Se fue al baño y se quitó la camiseta para ver esas horribles marcas en su espalda, la última vez contó dieciséis y esta vez, tenía cinco nuevas marcas, en total, veintiuna heridas en su espalda.

¿Por qué el mundo no estaba a favor de ese pobre niño? ¿Por qué la gente es tan cobarde? ¿Por qué hay tanto odio en este mundo?

Esa noche, Álex soñó que iba caminando por la calle y de repente, todo se volvía oscuro, y unas manos aparecían y tiraban de él dirigidas por unos cuerpos atormentados, que a su vez estaban dirigidos por un solo alma.

Miedo, angustia, ira, odio.

Las manos temblaban, los cuerpos gritaban y el alma reía.

El mundo.